

## La universalidad del amor y de la justicia de Dios

Gilberto Urrutia

El sol que sale para todos, que irradia su luz y calor en el mundo entero, así como el aire que nos suministra el oxígeno indispensable para poder vivir, son dos factores que ilustran muy bien, lo que efectivamente tiene carácter y vigencia universal para la existencia humana, en todos los tiempos de la Historia y en todos los lugares.

A eso es lo que me refiero cuando uso el término de universalidad.

La universalidad aplicándola específicamente a la humanidad, abarca entonces a todos los seres humanos sin distinción alguna en lo concerniente a sexo, raza, edad, época, educación, estrato social, estado de salud, etc.

La Gracia y el amor de Dios con respecto a la humanidad son universales.

El alma humana como espíritu que es, y que fue hecha a imagen y semejanza de Dios es también universal. Todos los seres humanos tenemos un espíritu de origen divino. En consecuencia, la espiritualidad humana junto la fe, el amor, la esperanza, y todas sus potencias, cualidades y pasiones espirituales son igualmente universales.

Dios como creador y Todopoderoso que es, debe necesariamente pensar de un modo muy diferente al nuestro, Dios debe pensar en todo en absoluto y comprender todo de manera global.

Nosotros como sus criaturas, lógicamente no disponemos de esa misma capacidad de entendimiento, sino una mucho más limitada y con infinidad de restricciones. Una de las restricciones es nuestra naturaleza altamente individualista. Tendemos a pensar y actuar según el criterio propio y no de acuerdo a la colectividad. Las pocas veces que pensamos en un conjunto de personas, es porque nos une algún tipo de relación (familia, religión, profesión, nacionalidad, raza), o bien perseguimos un mismo objetivo o tenemos un mismo interés.

Es por eso, que el concepto de universalidad para el ser humano es algo extraño, y además le cuesta imaginarse algo de condición universal, por no estar acostumbrado a pensar con esa amplitud de criterio.

Otra limitación relevante son nuestros sentidos corporales, en particular la percepción visual, a la cual le hemos otorgado demasiado poder de influencia en nuestras decisiones y criterios, siguiendo ese principio simplista: *si no lo vemos, no existe y no tiene importancia*.

Debido a que la realidad que nos rodea es sumamente compleja, tendemos a simplificarla o reducirla para poder entenderla, por la sencilla razón de que esa complejidad es muy superior a nuestras capacidades.

Algunas veces esa cruda realidad nos puede llegar a abrumar tanto, que sentimos que casi no podemos con ella.

En esos precisos momentos debemos recordar, que dentro de nosotros existe nuestra realidad interior, esa realidad divina y verdadera en la que acontece de manera oculta nuestra vida íntima y secreta, a la cual exclusivamente nosotros tenemos acceso.

Ese es nuestro « *castillo interior* » en donde nos podemos refugiar o retirar virtualmente para recuperar fuerzas y para repensar nuestra estrategia de acción, así como lo hace un boxeador durante una pelea en el cuadrilátero, cuando al sonar la campana que anuncia el final de la ronda, se va a su esquina a descansar

y a escuchar las nuevas indicaciones tácticas de su entrenador, que deberá aplicar en la ronda del combate que viene a continuación.

La realidad que somos y que llevamos dentro tiene la gran ventaja de que es mucho más simple que la realidad que nos rodea, y en este caso, si disponemos de la capacidad de comprenderla, siempre y cuando, le dediquemos el tiempo y la atención necesarios para conocer nuestra interioridad.

El Antiguo Testamento y el Evangelio de Jesús, como alimento espiritual que son, tienen carácter y vigencia universal, porque están dirigidos al alma de los seres humanos. La conciencia, el corazón y el intelecto son los destinatarios y al mismo tiempo los beneficiarios de esas palabras de enseñanza, consuelo, bendición, fortaleza y esperanza contenidas en la Biblia.

Ejemplo magnífico y excelente de universalidad son las Bienaventuranzas del sermón de Jesucristo en el Monte, que se encuentra en el capítulo 5 del evangelio según San Mateo. Cada una de las Bienaventuranzas se refieren a cualidades espirituales del ser humano y a manifestaciones de nuestra alma:

« *Bienaventurados los pobres **en espíritu**, porque de ellos es el reino de los cielos.* »  
Se refiere al espíritu de las personas, a su dimensión espiritual.

« *Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán **consolación**.* »  
El consuelo es una manifestación del alma humana.

« *Bienaventurados **los mansos**, porque ellos recibirán la tierra por heredad.* »  
La mansedumbre es una cualidad del carácter (manifestación del alma)

« *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de **justicia**, porque ellos serán saciados.* »  
La justicia es una virtud espiritual humana.

« *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán **misericordia**.* »  
La misericordia es una virtud espiritual humana

« *Bienaventurados **los de limpio corazón**, porque ellos verán a Dios.* »  
La palabra corazón se refiere al alma, a la fuente espiritual de donde provienen los malos pensamientos y deseos en el ser humano.

« *Bienaventurados **los pacificadores**, porque ellos serán llamados hijos de Dios.* »  
La paz interior es el sosiego o calma del espíritu

« *Bienaventurados los que padecen persecución por causa **de la justicia**, porque de ellos es el reino de los cielos.* »  
La justicia es una virtud espiritual humana

« ***Bienaventurados** sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.* »  
Ser bienaventurado o feliz es un estado del alma (ánimo).

El Evangelio de Jesús consiste en las dos más grandiosas y maravillosas promesas que la Humanidad haya recibido en toda su historia:

- el perdón de los pecados cometidos por la voluntad, una de las potencias espirituales del alma humana y
- la Vida Eterna en el Reino de los Cielos.

De manera que aquellas personas que manifiestan su incredulidad en relación a la Palabra de Dios al no aceptarla, o bien ese menosprecio por la Biblia, cuando aducen que su contenido ya no tiene vigencia y por lo tanto es anticuado; indudablemente todos ellos forman parte de esa multitud de incrédulos por la que Jesucristo en el Calvario, demostrando su incomensurable misericordia, le rogó a Dios que los perdonara, porque no sabían lo que estaban haciendo.

Esa ignorancia producto de la falta de fe, del poderoso orgullo humano y de la ilusoria vanidad, ha sido siempre una de las grandes tragedias de la humanidad en todas las épocas, pero también es un gran misterio divino del Plan soberano de Dios para su criatura, plan éste que es y será siempre para nosotros totalmente incomprensible.

Es por esa razón, que no deja de asombrar y hasta conmover al creyente, la ceguera espiritual que tantas personas padecen sin darse cuenta.

Como dice el refrán popular: « no existe peor ignorante, que aquel que ignora su propia ignorancia »

La ceguera espiritual en un ser humano es con creces muchísimo más terrible que la ceguera visual.

No obstante, la falta de fe en Dios en ciertas personas es un componente de la realidad del mundo. Esta situación tenemos que aceptarla con la consoladora certeza, de que es igualmente la voluntad de Dios, y que Él sabe lo que hace.

Dios nunca nos ha pedido que comprendamos todo en la vida, y ni mucho menos que sepamos el por qué y el para qué de sus decisiones, su obrar y su plan para cada uno de nosotros.

Dios le pide a los creyentes que confíen en Él con toda su mente, con toda su alma y con todo su corazón,

Él nos pide que nos sometamos a su voluntad soberana y obedezcamos sus mandamientos y los consejos contenidos en el Evangelio de Jesucristo.

Del resto se encarga el Santo Espíritu, quién está actuando siempre y con plena libertad directamente sobre nuestra conciencia, corazón y voluntad, haciéndolo de espíritu a espíritu sin que nosotros mismos ni nadie más, no demos cuenta en lo absoluto.

Cada quien se hace en su mente su propia imagen de Dios, y también trata imaginarse el modo en que Dios obra todos los días en el mundo, por esa razón, pienso que tomar en cuenta el principio de universalidad del amor y la justicia de Dios, nos puede ayudar mucho a comprender nuestra propia vida y la del prójimo. A continuación voy a intentar explicarlo:

La realidad única que nos rodea, la percibe cada quien a su manera y según sus propios puntos de vista, criterios y experiencias personales. Esto no es más que la manifestación de la natural estrechez de mente del ser humano. Así somos todos.

¿Quién en el mundo no habla, escribe y discute sobre los grandes temas como son por ejemplo: las injusticias socio-económicas, las diferencias de clases sociales, las diferentes razas, los diversos desarrollos económicos y tecnológicos de los países, las diferencias en la distribución y consumo de alimentos y las diferencias de grado y calidad de la educación? A todos nos interesan y nos ocupan esos temas.

Ahora bien, todos estos temas y asuntos que pertenecen a la dimensión material del mundo, los percibimos en los demás y nos afectan a nosotros directamente en el cuerpo, es decir, en nuestro ámbito palpable, aparente y visible.

Pero en la dimensión espiritual, en las almas de los demás y en nuestro espíritu desconocemos totalmente lo que sucede y no sabemos tampoco cómo el Espíritu de Dios actúa en nuestra vida espiritual interior.

Supongamos las siguientes situaciones reales y extremas que ocurren siempre:

- el pobre hambriento y el rico repleto,
- el individuo libre y el inocente condenado por un error a prisión perpetua,
- la persona sana sin ningún impedimento y el retrasado mental.

Cualquier ser humano de corazón sensible pensaría: ¿que injusticia la de Dios con respecto al pobre, al prisionero y al incapacitado ? ¿Cómo Dios permite que algo así suceda en el mundo?

A nosotros como criaturas mortales y limitadas, Dios nos permite llegar a conocer solamente una porción de la realidad del mundo, es decir, la realidad aparente. La otra realidad espiritual e invisible de la que nuestra alma forma parte, es del dominio absoluto de Dios. Por alguna divina razón, a nosotros no nos corresponde tener acceso a ella.

Fíjense de que manera tan simple y al mismo tiempo tan instructiva le explica Dios al profeta Isaías, la imposibilidad de los hombres de comprender los misterios de la realidad del mundo, diciéndolo en los términos en que lo haría un padre cariñoso a su pequeño hijo :

**« Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos mis caminos », dice Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. » Isaías 55, 8-9**

Aunque nunca lograremos comprender la realidad que nos rodea, que maravillosos han sido el amor y la Justicia de Dios, ya que al menos nos ha concedido la capacidad de poder confiar plenamente en Él y en su Hijo Jesucristo, y poder creer que todo el universo y nuestras vidas están en sus manos. E igualmente poder tener la certeza de que la Justicia de Dios es universal y que su amor hacia toda la humanidad es eterno y para todos sin excepción.

Procuremos entonces no cometer el imprudente atrevimiento, de dudar del amor y la Justicia de Dios para cada uno de sus hijos, ni mucho menos de faltarle el respeto al llegar a pensar, que Dios sea menos misericordioso y justo que nosotros, que somos todos en el fondo, unos ignorantes mortales tan necesitados de su Gracia y de su perdón.